

CURSOS INTERNACIONALES DE VERANO
DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
MONTEVIDEO URUGUAY

RELATORIO PREPARADO CON MOTIVO DEL FORO DE
LITERATURA QUE INTEGRA EL PROGRAMA DE LOS
CURSOS INTERNACIONALES DE VERANO, 1952.

Pertenece a una serie de 4 sobre los siguientes aspectos de
la cultura uruguaya:

1. HISTORIA 2. CIENCIA 3. LITERATURA 4. PINTURA

3

LITERATURA

Prof. Carlos Real de Azúa

UN SIGLO Y MEDIO DE CULTURA URUGUAYA

Se recuerda que algún incomprensible manual de Derecho Romano comenzaba con esta frase: *el Derecho, en Roma, empezó por no existir*. No sin algunos ajustes inevitables, prólogo tan absurdo pudiera valer para señalar una visible singularidad de la literatura uruguaya: aún de toda nuestra cultura nacional. Y es la de que el mismo hecho nacional es el que marcará la conciencia de una falta mucho antes de que el ejercicio intelectual regular advierta una presencia e indique una posesión.

Marca fronteriza del viejo Imperio en declinación; plaza verde sólo causada por soldados y contrabandistas, lo que había de ser la República Oriental del Uruguay no integró hasta muy avanzado el siglo XVIII una estructura social en la que el quehacer de la cultura (recepción, conservación, transmisión y creación) fuera mínimamente posible. Entre los muros de Montevideo, militar y comerciante, se desarrollaba una vida estritamente reglada por el Libro Mayor y la Ordenanza y sólo algunos ecos de la querrela his-

tórica de las ciudades platinas; sólo algunas expansiones de la alegría triunfal por la resistencia ante los ingleses pueden constituir los proemios (a la vez balbuceantes que engolados) de una literatura uruguayza.

Cuando nuestro territorio (nuestra Banda Oriental) entra con todos los librocarrileros en el gran crisol en que se desintegró un Imperio, el patriado culto tomaría los moldes quintaneros para cantar las gestas de la comunidad nacional, el arribo de la organización constitucional y susquida lamentar, con el mejor de ellos ver

..... rotos y deshechos
los fraternales vínculos estrechos.

Francisco Acuña de Figueroa (1791-1862)* nuestro primer escritor cabal, será durante medio siglo la voz matorvidiana; la voz cautelosa, cordial, discreta. Una hoja en la tormenta, como todos sus vecinos, cultivó el arte modesto pero no fácil de sobrevivir, ejerciendo esa pacela (o mejor vocalización) casi cotidiana que tan abundante fué en los Virreinos. Era capaz de darle himnos a las patrias aéreas y aun de conmensurar con causas generosas como la de la emancipación del negro. Pero su inclinación le arrastró a una visión oscura y pesada de la vida de la que sobresale, entre muy poca, la gracia pícnica, impersonal, casi intemporal, de sus epigramas.

Mientras tanto en los arboles frecuentemente campos de batalla durante los síncos se iniciaba el tránsito accidentado y no siempre glorioso de la poesía gauchesca. En una obra de autenticación sumamente insegura, con un lenguaje prestado, construido, mucho menos natural de lo que pudiera pensarse, Bartolomé Hidalgo (1789-1823) comenzó disparando contra los murallas del Montevideo los dardos de sus cie-

los cargados de portuguesismos y galleguismos Encapó después el molde (que le sobrevivió largamente) del diálogo gauchesco, a través del cual y por su mano, se mostrarán entrelazos de esa convulsiva y terrible carrera que fué la Revolución:

"En diez años que llevamos/ de nuestra revolución/ por sacudir las cadenas/ de Fernando el balandrón./ ¿qué ventaja hemos sacado?/ Las dió con su perdón/ robarnos unos o otros/ aumentar la dazunió./ querer todos gobernar./ y de fección en fección/ andar sin saber que andamos./ resultando, en conclusión./ que hasta el nombre de poiseño/ parece de mal sabor./ y en su lugar yo no veo/ sino un signo rencor./ y una tropilla de pobres/ que meida en su síncoñ/ canta al son de su miseria./ ¡no es la miseria mal son!" (1821).

A lo largo de todos estos inicios, un núcleo de hombres, de los que el más notable es sin duda el P. Domingo Antonio Larrañaga (1771-1848^o) representará en el Uruguay, ya independiente, o la constelación continental de los fundadores. Al modo de Bello, su figura más notoria, en todos los países de Iberoamérica trabajaron (también aquí) quienes, al margen de los apetitos del poder o del dinero y aun de la limpia fama personal, se afanaron por cubrir la indigencia (o mesesterosidad) humana e institucional de sus respectivas naciones. Todo había que hacerlo: escuelas y Universidades, periódicos, bibliotecas, ministerios y estrados, leyes e institutos, cartas y códigos, caminos y ciudades. Con un equipaje no siempre magro, y que varias décadas de Ilustración habían carguecido, ellos se esforzaron por cumplir esa tarea heroica que había consistentemente el primitivismo demandado de las formas autóctonas, las amenazas exteriores, las pujas por el poder entre hombres y grupos, la

carencia de todo inicial punto de apoyo.

Esta tarea y estas circunstancias apuntan ya a lo que será toda la actividad cultural de nuestro diecinueve. Mucho más que el fruto de la vocación y la aptitud anudados, muy distinto a un destino intelectual que se cumple sin premura en un cuadro sustentador y suficiente; esencialmente exigido, reclamado, deseado, el empuje por nuestra novela, nuestra poesía, nuestro ensayo, nuestra historia fué (sobre todo), el cumplimiento de un mandato, hondamente obedecido, que así buscaba llenar, nutrir, redondear los desiertos rubros de la cultura nacional. De la necesidad de dar a un país una literatura es difícil que nazcan (por ser) obras inolvidables y fué paradoja singular la de que escribieran muchos (almas generosas, espíritus sensibles al deber patrio) que estaban dotados para cualquier otra labor que aquella que abasaron y de que algunos que estaban en el caso de hacerlo con general eficiencia la vida no les dejó (o dejara) como diría mucho más tarde de sí mismo, Carlos Vaz Ferreira.

Las contradicciones insalvables de una existencia nacional desarbolada siguieron presionando mucho después de la generación de los fundadores. Y esto decide (junto con la ya señalada inatención general del quehacer poético y literario) que sean aquellos productos que llevan más hiriente la impronta de la circunstancia nacional opresiva, los más colididamente testimoniales los que, a nuestra altura, resulten más interesantes, más ricos en perspectiva humana, más arraigados en una perspectiva duradera. La anterior circunstancia influye también en que sea en los géneros marginales: periodismo, historia, sentario, ensayo o polémica que sobreviva más del esfuerzo intelectual de esos tiempos.

El conflicto entre la modernización occidental-

lizador que irradiaba desde el emporio y los modos de vivir y pensar tradicionales; el debate tan vivo entre un gobierno de hombres y uno de instituciones, o de principios; el choque entre los esquemas de organización europea y las instituciones espontáneas de la vida campesina; la versión de los grandes novedades ideológicas y estéticas del siglo; la tensión entre la afirmación autonómica y los planes que apuntan dosoperanzados (hacia el norte brasileño, el Sur portafío o el este europeo) por una adscripción de nuestro destino a comunidades y potencias ajenas, prestan un interés no marchito a las mejores páginas de Bernardo P. Berro (1803-1868), de Andrés Lamas (1817-1881), de Juan Carlos Gómez (1820-1884), de Angel Floro Costa (1839-1906) de Julio Harrara y Obes (1841-1912), de José Pedro Varela (1845-1879), de Juan Carlos Blando (1847-1910), de Carlos María Ramírez (1848-1898), de Luis Melan Lallinar (1850-1939), de Mariano Soler (1848-1908) o de Alfredo Vázquez Acevedo (1844-1923).

Muy poco se salva, en cambio, de la poesía romántica, pensada y casi siempre despalpaja versificación de ideas generales o estados emotivos (prestados o sin elaborar), lóbrega yuxtaposición que no enciende nunca la lumbre viva de la belleza. Las escasas carreras literarias puestas bajo su signo, la de Alejandro Magariños Cervantes (1825-1883) entre otras, son sólo un honorable fracaso y se aparecen en ciertas páginas ocasionales, sostenidas por un auténtico temple de ánimo, El Cementerio de Alegrete, por ejemplo, de Melchor Pacheco y Obes (1809-1851) que esta radical aridez encuentra alivio. Por eso no es casual que sea de filiación dieciochesca y neoclásica (egológica, narrativa, meditativa) nuestra mejor composición nacional enristar a Tubaró: la Epístola a Doricío (1832) del ya nombrado

Bernardo P. Berroff).

Sólo con Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931), Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) y Francisco Bauzá (1849-1899) la cultura nacional, y especialmente nuestra literatura, empiezan a pisar como tales.

En una tarea que pudiera ilustrar (como a la de los otros) el pincel académico pero muy nuestro de Juan Manuel Blanes (1830-1901), Acevedo Díaz rescata un ya legendario pasado nacional con una serie de novelas, algunas eslabonadas entre sí (Ismael de 1898, *Navira*, de 1890, *Grito d' Gloria*, de 1893). A través de una visión esencialmente romántica aunque transcrita cuidadosamente con técnicas literarias de agresivo realismo, alrededor de héroes marcados (algunos) por el menos disfrazado helenismo, Acevedo Díaz creó vastos frescos de la Patria Vieja, en los que la febrilidad ocasional de ámbitos, movimientos, traslados, masas y episodios nos parece más evidente que la firmeza de su estructura o la fuerza de ciertos famosos cuadros de la naturaleza que quedan apesadumbrados bajo una intencionalidad catalogal.

Francisco Bauzá fué nuestro primer gran crítico y ensayista (*Estudios literarios* de 1885) y nuestro primer historiador cabal (*Historia de la dominación española en el Uruguay* de 1882). Su formación intelectual tradicional le enfrentó duérvido y noble Bauzá, él solo, fué casi todo un rante su vida al liberalismo principista vigente en su tiempo; puede decirse que, en este debate bando.

En la larga vida literaria de Juan Zorrilla de San Martín hubo lugar para muchos tonos, desde el indigenismo romántico de *Tabaré* (1888), el epicismo a la Carlyle de *La epopeya de Artigas* (1910) o la prosa despojada y paracelástica de

sus últimos libros (1924-1929), tan cercana de los mejores matices de Martí y de Unamuno. Respecto al *Tabaré*, su obra más conocida, cabe hoy sostener que, al sesgo de la inconvicción general de tema, personaje y peripecia, Zorrilla fué el primer poeta uruguayo que tuvo conciencia de qué cosa es el lenguaje y el primero que supo explotar los recursos del medio verbal; el primero que no confundió la poesía con los efectos subjetivos de sublimidad, de rebeldía, de añoranza o de dolor.

Paralelamente a estas protagonistas, una literatura más modesta de crónica, de estampa, de viaje, de ocasional acento humorístico, ha ido cobrando con los años —como el buen vino— un valor limitado pero seguro. Al tiempo que páginas más ambiciosas muestran, desde lejos, su inascondible marchitez, en esta línea (que se ha prolongado hasta nuestros días) Isidoro de María (1815-1906) y Daniel Muñoz (1849-1930) dejaron, entre otros, pasajes de sabrosa evocación.

II

Con la desaparición de Carlos Vaz Ferreira a principios de este 1938, todas las personalidades capitales de nuestra generación del 800 pueden verse ya en la distancia homologadora de la muerte. Entre Reyles y Viana, los mayores y Delmira Agustini, la menor, el Uruguay vivió acor en un lapso de dieciocho años un grupo impar de hombres y mujeres que no es obsesión metódica contemplar como generación. Los cuatro nombres y Rodó, Sánchez, Quiruga, Harreza y Reissig y María Eugenia Vaz Ferreira constituyen la gran constelación, de calidad irrepetida en nuestra vida espiritual.

Todos ellos inician sus labores, irreductible-

mente diversas, en un estado social crecientemente próspero y estabilizado el cual, si no servirá de escalón de sus lamas ni les brindará recompensas demasiado sabrosas, habilitará por lo menos una pacífica vida profesional para unas, concederá distinciones a otros y proporcionará a todos condiciones de creación generalmente modestas, pero firmes, que pocas décadas antes hubieran sido imposibles. Todos ellos construyen también sus obras en el suelo movedizo que resulta de la quiebra de las certidumbres filosóficas básicas del siglo XIX, insertando su busca, o su expresión, o su negación, o su evangelio en ese revuelto tornasol de ismos que marcan veinticinco años de vida occidental entre 1885 y 1910.

Reyles, Viana y Quiroga, los narradores de la generación, portan en sus obras dosis disímiles de la revolución modernista de esos años (*El Extraño*, de 1897; *Los Arrecifes* de coral de 1901 y en puridad *Gaucho* de 1898) aunque en el primero la deliriosidad étnica y la singularidad psicológica sea más que otra cosa tema de su explotación novelesca y en los dos restantes (Viana, Quiroga) ángulo de visión adventicio que luego abandonaron, Quiroga encontrándose a Viana (tal vez) empobreciéndose.

Carlos Reyles (1868-1938), gran señor ganado-ro al principio y gran señor (igual) cuando la vida lo dejó pobre y senecto, plantea, en obras cuya extremada consistencia recubre, a veces, debilidades de construcción, las tesis de la modernización económica capitalista (*Seba* de 1894, *El Terrazo*, de 1916) a las que enfrenta al decabrido idealismo retórico de políticos y arielistas. Esa tesis, que hoy puede parecer archiva-da, representa, con todo, una real dicotomía de claro momento histórico del país. En las caturaras de su mundo, uruguayo o hispánico, convive, sin em-

bargo, una singular ambivalencia de refinamiento y violencia brutal que no por portar una dualidad del *gentleman-farmer-boalevardier* que Reyles fué hasta su prevista bancarrota, deja de ser también uno de los ingredientes más reales y profundos de un estilo rioplatense (y aun americano) de vida.

Javier de Viana (1868-1926) recoge el fragmento mundo de Acevedo Díaz en extremas instancias de desoportunismo y aridez. Pasando de algunos ensayos ambiciosos y primitivos hasta el cuento comercial de sus últimos tiempos es en algunos relatos breves que madura singularmente esta desabrida visión de una vida paisana laxa y entregada, auténtica contribución del naturalismo literario a una conciencia más estricta de lo que fuimos.

Tanto la labor de Reyles como la de Viana no pueden dejar de señalarse arraigadas en previas tentativas nacionales de cuento o novela de tema vernáculo y técnica realista: Daniel Muñoz, Carlos María Ramírez, Alejandro Magariños Carvajal, Magariños Solsona (1867-1921), Manuel Bernárdex (1867-1942) y Benjamín Fernández y Medina (1872) es el nombre de estos intermediarios.

El narrador de los *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), Horacio Quiroga (1878-1937), es, posiblemente con Acevedo Díaz, la presencia más viva de nuestro pasado literario (un pasado que, con su vigencia, ellos transmiten en auténtica tradición). Con él, un amargo regusto trágico de la vida, valerosamente sobrellevado, irrumpe en la sobria estructura de unos cuarenta cuentos casi perfectos (flor de una producción no siempre vigilada) y es por medio de ellos por los que Quiroga se hace dueño de una zona hasta entonces inédita de la temática americana, inseparable desde allí de su sello: la selva misionera, las desmesuras de la naturaleza, el ofi-

dio, el río, el menaú, el misterio cotidiano.

La obra breve y densa de Julio Herrera y Reissig (1875-1910) partió de un epílogo romántico vigente en él hasta iniciada la última década de su vida y que, aunque tenga en Zorrilla su figura mayor, también depura su materia (que abandona el ideologismo típicos) y afina su lenguaje en Rafael Fraguero (1864-1914), Santiago Maciel (1865) y José García del Busto (1858-1904). Carlos Roxo (1861-1926) personalidad aparte y, por muchos extremos, estimable, representa cierta facundia de vena legendaria y sentimental, cierto rondar ambicioso en torno a una épica de alcance nacional o americano que es una constante de nuestra poesía o (a veces) de sus aledaños.

La posteridad de Julio Herrera y Reissig se benefició de cierto profético acuerdo de algunos de sus intentos con corrientes posteriores del lirismo hispanoamericano. El valor laborativo, sin embargo, que posa el surrealismo o el creacionismo pueda tener *La Torre de las Estrellas* (1909) no debe escamotear el hecho de que es en el ámbito del modernismo canónico (decorativismo, esotismo, explotación de los valores sensoriales de la palabra) que Herrera se mueve y logra las series más compactas y más felices de sus famosos sonetos: *Los parques abandonados* (1902-1906), *Los éxtasis de la montaña* (1904-1907) *Los Clepsidras* (1909) o *los Sonetos vascos* (1908). Un puñado de versos maravillosos tales

La tarde paga en oro divino las faenas

Lébraga rosa que tu almizcle efuvas,

su irracional maestría en las ceñidas formas dísticas, no ocultan sin embargo que sus logros mejores habitan en ese plano menor que es la

iluminación estética del mundo exterior, que su experiencia espiritual no era rica ni profunda o que los tropos de una desenfrenada creación neologística le hicieron aparecer, más a menudo movido por una voluntad adventicia de escombros que por una honda exigencia de elaboración creadora. La obra de Herrera que, junto con una miscelánea facundiosa universal, sufrió la influencia de la última camada romántica oscureció la de poetas menores pero decisivos en su labor, tales Juan J. Illa Moreno y Toribio Vidal Bala.

De obra más personal, pura y trágica, esencialmente lírica, Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira señalan, desde este momento, la riqueza de la contribución de la mujer a nuestra poesía. El erotismo trascendente de la Agustini (1886-1914) canto, por así decirlo, a fuerza de magnificación y de absoluto, acatuvo el milagro de su canto breve, dicho con alma fulgida y carne sombía que encontró casi sin tentos su lugar peculiarísimo en la gran poesía universal y al que una larga serie de imitadores no ha hecho más que señalar la irreplicable calidad. Más espiritual, más clásica, más nocturna (la noche de Fray Luis, no la del Cantar...) la obra corta y densa de María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924) recogida al año siguiente de su muerte en *La Isla de los Cantos*, define a nuestro juicio la más subyugante personalidad poética de nuestro pasado.

La significación americana de José Enrique Rodó (1871-1917) y la amplia boca de sus lemas, obliga, todavía hoy, a distinguir su obra del rodonismo y del creacionismo, manifestaciones expansivas y no siempre benéficas de sus ideas. Agobiado durante décadas por las incomprendiones pésimas del diltrombo o la negación cerial, comienza recién a verse lo más persuasible de

su labor: la valía de sus enfoques literarios continentales; su agudeza, sino siempre feliz, conciencia del estilo; la fecundidad de su reflexión sobre la personalidad; la dignidad heroica de su actitud de escritor; la significación de su tarea fortalecedora de una conciencia iberoamericana en la larga y pura línea que desde Bolívar y Bello pasa por Martí y otros grandes y encuentra en él una de sus escalas más seguras. Esto es lo que importa y no que todavía sea gargariñado por procerones ni que su culto de la juventud haya fortalecido como idealismo cierto entusiasmo (espumoso, ignorante de realidades y condiciones) proclamado desde ese entonces norma ética generacional y que es, la historia lo muestra, tan vulnerable a los desalientos de su propia ineficacia y a las renuncias cínicas que su misma exuberancia promueve.

Armonizador de planteos y de soluciones, sincrético habilitismo, por decirlo así, nunca proclive a ir al fondo real de los problemas, la obra de Rodó contrasta vivamente con la de Carlos Vaz Ferreira (1872-1958). Porque Vaz Ferreira fué por el contrario, eso: un filósofo de aporias, un pensador de problemas replanteados desde la base, una implacable tijera de todas las confusiones verbales y teóricas que los recubren. En un estilo coloquial y desgarrado que es como un vivo reflejo de su perdido gesto físico (y que Unamuno prefería al de Rodó), Vaz, en un comienzo fulgurante recorre cuestiones fundamentales de lógica, ética y estética. (Sobre la percepción métrica, de 1905, *Los problemas de la libertad*, de 1907, *Conocimiento y acción*, de 1908, *Lógica viva*, de 1910). En una soledad heroica, desde ese entonces, mucho mayor que la que pudo acrechar a poetas y ensayistas, Vaz arrojó su incomunicación con la corriente central del pensamiento contemporáneo y habiendo le-

vantado (con aquellos libros) la parábola de un gran destino filicóidico se repetirá sustancialmente después cerca de tres y hasta cuatro décadas (con la admirable excepción de su *Fermentario*, de 1938). Ciertamente parece lo que se ha señalado en su obra: esta repetición; atención excesiva a algunos problemas marginales; desatención al pensamiento clásico y contemporáneo; excesiva actitud polémica con los autores primeros y formativos. Además cabría observarse su labor de simplificación peligrosa en los problemas político-sociales (en su libro *Sobre la propiedad de la tierra* (1918) por ejemplo) ya que puede aventurarse que en ellos la complejidad de actitudes emocionales, de pasiones, de impulsos, de falsas soluciones no son (sólo) la hoja-rasca a despejar sino que forman parte del mismo material problemático que el pensamiento ha de enfrentar.

También la generación del 900 señaló en el teatro una marca irrepetida. Los dramas de Florencio Sánchez (1875-1910) y sobre todo los mejores: *M'hijo el doctor* (1903) *La Gringa* (1904), *Barranca abajo*, *En Familia*, *Los muertos* (1905) resuenan con todos los ecos de la ideología finisecular: selección de los fuertes, libertad de los instintos, poder del medio y sino de la herencia, pero nunca la tesis, frecuente en sus planteos aplastó el infalible sentido teatral, la rica creación verbal, la indeficiente densidad humana de una obra que es (en sustancia) tan viva como en los años en que fuera estrenada.

Pero los grandes no trabajaron solos.

Tal vez su terco alejamiento de toda relación social haya cimentado, paradójicamente, el prestigio restringido pero legendario de Roberto Sierra (S. XX) de obra poética menor pero sugestiva y prosa que, en algunas muestras como *La dama de San Juan*, se sitúa en los mejores niveles

del ensayo iberoamericano.

Pudo ser Sienra el gran crítico que esa generación mereció y no tuvo. También tenía alcances para serlo Rafael Barret (1877-1910), si este notable español no hubiera encajonado el fin de su corta vida hacia otros países y a una labor generosa de denuncia social. No lo fueron, en cambio, ni César Miranda (1884) ni Juan Antonio Zabillaga (1870-1957) ni Hugo Barbogelata (1887), aunque la utilidad de la labor de este último, su noble carácter servicial son muy dignos de señalarse. Raúl Montero Bustamante (1881) más que otra cosa evocador, historiador cultural y biógrafo cumple lo mejor de su tarea con posteridad a 1920. Víctor Pérez Petit (1871-1947) cuyo libro *Los modernistas* (1902) marcó una fecha en nuestra historia literaria, fué sobre todo una tenaz vocación de polígrafo (crítica, teatro, narración) que abarcara mucho sin apretar lo bastante.

Del núcleo de los poetas sociales (Ángel Felco, 1885, y otros) sobrevive Alvaro Armando Vasseur, decaente en ese modo que, en patria, sólo configura la iniciación de su obra. Más tarde Vasseur (1878) se ha caracterizado por la rara universalidad y la ambición (no siempre bien gobernada) de sus inquietudes culturales.

Se da por esa época el ancho espectro de una actitud en el que coexisten la delicuescencia, cultivada, de los sentidos, un individualismo desorbitado, una rebeldía frecuentemente generosa, la egolatría exhibicionista, la busca clamorosa de lo escandaloso y lo raro. Ciertos aspectos de Vasseur no son ajenos a él. Pablo Minelli González (1883), el *Paul Minelly* cjero de *Mujeres Blancas* (1904) con que nos lo ha dejado la imagen de Zum Felde, dió también un tono menor de todo eso, redimido más tarde por una noble (e interesante) vida de poesía. El más es-

trascendo de todos, Roberto de los Carreros (1873) ha llegado hasta hoy en una larga inactividad, después de dejar en el *Psalmos a Venus Cuvallevi* (1905) un hermoso documento de época.

III

Siguiendo una modalidad que venía del siglo anterior, la poesía y, por entonces, un aristocrático anarquismo, fueron la vocación inicial de muchos posteriores y positivos patriotas. Sin embargo, entre los muchos que optaron más tarde por los caminos de la fortuna o la acción política empírica, emerge un núcleo del que no puede prescindir, sin mutilación, una visión comprensiva de la cultura nacional. En el de aquellos que en la lucha activa, en la organización constitucional, la cátedra, el periodismo o la vida profesional no olvidaron, ni la dignidad del pensamiento ni la belleza instrumental de la expresión. La mayoría de ellos desarrollaron la sustancial de sus trayectorias bajo la égida nacional de José Batlle y Ordóñez (1856-1929) y su política, que protagonizaron (no sin aperteciones ajenas y sustantivas antitéticas) el vario proceso (radicalización ideológica "moderna"; acceso de las clases medias a la dirección social, formación de un nuevo Estado; defensa de nuestro patrimonio económico) que ha dado fisonomía al Uruguay contemporáneo. Entre los muertos de esa gran generación que presidió la organización moderna de la República, o fué testimonio de ella, Manuel Otero (1857-1933) y Antonio Bachini (1861-1932), por ejemplo, no abandonaron nunca el buen gusto por las letras. Ricardo Araco (1866-1925), José Espalter (1869-1940), Julio María Sosa (1879-1931) y Justino Jiménez de Aréchaga (1883-1927) se vertieron más enteros-

mante hacia la política, la historia, la ley o la Constitución. Martín C. Martínez (1859-1946), Luis C. Caviglia (1874-1951) y Juan Carlos Blanco (1879-1952) se interesaron, sobre todo, por la administración, la economía y la diplomacia. Eduardo García de Zúñiga (1867-1950), con su aptitud técnica y una rara vocación humanística. José Pedro Massera (1866-1942), dejó una interesante obra de crítica filosófica. Hugo Anzuña (1884-1944) fue, dentro de la dignidad de conducta de estas promociones, periodista ejemplar. Notas más diferenciales representan, por ejemplo, Domingo Arens (1870-1938) narrador en su juventud, que dio la pauta de cierto humanitarismo casi religioso que preside buena parte de nuestra legislación. Eugenio Garzón, el más temprano de todos (1849-1940) marcó, en una larga actuación parisense, esa fervorosa transcendencia que es un rasgo de esas épocas uruguayas, dedicándole a la ciudad de sus amores un libro encantador: *La ciudad acústica*, de 1927. José Iturreta Gayena (1874-1947), fue el hábil ideólogo de la organización de las clases agropecuarias y de un conservadurismo a la inglesa. Eduardo Acovedo (II) (1857-1948), resulta, en cambio, el teórico (y práctico) de las nuevas tendencias al estatismo económico que triunfan desde 1910. Fue además el más laborioso historiador de su época, allegando los materiales de una historiografía futura en su alegato sobre Artigas (1909) y sus extensos *Anales históricos del Uruguay*. El posterior pensamiento económico tuvo en Julio Martínez Lamas (1873-1933) un significativo jalón: su *Riqueza y pobreza del Uruguay* (1930), planteó de modo sistemático (y sugestivo) la problemática básica del país. Ligeramente más jóvenes que la mayoría de los nombrados, Juan Antonio Buera (1888-1950) y Héctor Miranda (1887-1915), promisorio historiador el último, encarnan el juvenalismo orielista que se expide en

los primeros congresos continentales de estudiantes. El interés de su compañero Baltazar Brum (1883-1933) no se agota tampoco en la dignidad plutocrática de su muerte.

Sobrevivientes de estas generaciones son Carlos Oneto y Viana (1877), historiador y lealista y Jacobo Varela Acovedo (1876) internacionalista de nota. Cuatro de estos sobrevivientes, sin embargo (y no se limitan a sobrevivir) encarnan dimensiones de la acción ocasional que merecen nota brevísima. José Serrato (1888) técnico del Estado, representante la ideología del desarrollo capitalista, de tan accidentado trámite nacional. Luis Alberto de Herceva (1873), de tan activa participación en la vida uruguaya, ha dispersado, entre una acción de seis décadas y una sugestiva obra histórica, precursora del revisionismo rioplatense, el espíritu de un nacionalismo militante y doctrinario (de raíz romántico-historicista) y un realismo político de estirpe renacentista, hostil a los ideologismos. Juan Andrés Ramírez (1875) ha sostenido con brillo e imperturbablemente, durante una acción periodística de medio siglo de revuelta vida mundial, las normas de un liberalismo conservador, constitucionalista, de filiación británica. El más joven de ellos, Emilio Frugoni (1880) ideólogo y conductor del Socialismo uruguayo, ha mantenido a todo lo largo de su vida una vocación poética inextinguible, tensionada entre la atracción de los tonos multitudinarios y modernos y la acendrada melancolía, íntima y retrospectiva, de sus *Poemas montevideanos* y sus últimos *Sonetos míos* (1957). Pero también su acción pública se ha impuesto con tonos de humanidad y belleza semejantes a los que le imprimiera a la suya Jean Jaurés.

Joaquín Torres García (1874-1948) el maestro del Constructivismo, es también otro de los gran-

des nombres de nuestra great generation. Esto sin dárnoslo de que sea varias décadas más tarde que se ejerza sobre nosotros su vasto apotolado plástico-ideológico que tiene ecos de auténtica religiosidad y que han recogido Universalismo constructivo (1944) y La recuperación del objeto (1952). El músico Alfonso Bracera, en cambio (1876-1945) y el pintor Carlos F. Sáez (1878-1901) puedan resultar las más directas correlaciones artísticas de este grupo histórico.

I V

Entre 1915 y 1920 adviene en el Uruguay lo que, con alcance iberoamericano, ha dado en llamarse promoción postmodernista. El expurgo metódico de los años la ha ido convirtiendo en la generación fundacional de nuestro presente literario. De venenos obligados a escoger un simbólico punto de partida, 1917 portaría los acontecimientos más plenos de sentido. La muerte de Rodó señala la desaparición de la pasividad más notoria de la constelación del 900. La aprobación de nuestra segunda carta constitucional apunta el advenimiento de nuevas condiciones políticas y sociales en el país. La proximidad del fin de la guerra mundial número 1.^o se muestra próxima de los fenómenos revolucionarios (Revolución Rusa sobre todo) que en el plano estético y en el social irrumpirá con la ya cercana revolución de los tiempos. Y si se tiene en cuenta que, de acuerdo a una inveterada costumbre iberoamericana, serán los poetas los que rubriquen mejor las nuevas maneras, es importante que aparezcan también en ese año los libros primiciales de algunas de las líneas más representativas de lo que adviene: Pantheon, de Carlos Sabat Escasty; *El diván y el espejo*, de

Vicente Bassó Maglio.

Muy difícil es, en cambio, rastrear los rasgos comunes de los ya nombrados y de Emilio Oribe, Juana de Ibarbourou, Enrique Casaravilla Lemos, Fernán Silva Valdés, Pedro Leandro Ipuche y Julio J. Casal.

La novedad deslumbradora de *Las leaguas de diamante* (1919), una frescura inmarcesible, un amoroso recato en la afrenda, una sabia naturalidad, una dignidad inesperada dieron a Juana de Ibarbourou (1895) un prestigio que llegó a condecoraciones continentales. Y que, como es habitual en poesía, el resto de su obra no podía, sin falsificación, reiterar ni (posiblemente) sostener en otras cuerdas. Toda esa sobrevivencia tiene, sin embargo, calidad y las rememoraciones de Chico Carlo (1944) son de encantadora gracia.

Emilio Oribe (1893) por el contrario, ha sido uno de esos poetas que se encuentran cada vez más a sí mismos. Rico siempre de ideas y de emociones, su aello, sobre todo, es claro estado de reflexión enlazada ante los eternos prodigios de la Inteligencia y el Ser. Mal interpretado a menudo por las muletillas de tipo crochano que quieren una poesía conceptual y hasta ininteligente, una pura postulación de lo concreto, Oribe parece ilustrar la profecía del Juan de Mairena machadiano de un truco de papeles entre los poetas y los filósofos. Mientras los filósofos, decía Mairena, irán poco a poco saltando sus violas para pensar, como los poetas, en el "fugit irreparabile tempus (...)" los poetas cantarán su esambo por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia... La preferencia oribiana por el poema largo, rico de con-

tenido simbólica, estrictamente construido se expide, también, en una importante labor de mediación estética, iniciada en *Poética y plástica* (1930) y proseguida hasta hoy.

Este mismo adelantamiento, aunque en un tono más personal y menor y vertido hacia lo elegiaco (con un buen gusto extraño en esta generación) preside la obra poética de Julio J. Casal (1899-1954) desde *Regrets* (1910) hasta *Cuaderno del Otoño* (1947). Le ha sido reprochada, en cambio, la indiscriminación de su estímulo crítico y publicístico (tan generoso en sí).

En lo que a él propio atañía, lo singular de esa sostenida vigilancia, de ese inflexible gusto nos lleva a señalar que en esta generación de busca y de liberación, la confianza en los propios poderes poéticos, la ausencia de una rigurosa autocritica, la confusión entre la obra y el estado de fertilidad lírica reducen, sin destruir, la medida de sus valores más representativos.

Esa identificación entre la poesía y un clima emocional de constante exaltación ante la grandeza del Cosmos y del Hombre (así, con mayúsculas infaltables) es el hilo que enhebra la extensa obra de Carlos Sabat Escayot (1887). La permanente invocación dionisiaca no es, por sí, poética y esto ha marcado la obra de Sabat, cuyo afonso whitmaniano ha tenido tan profunda influencia en la poesía iberoamericana que ella es, por sí sola, firme garantía de su perduración.

La misma desigualdad y las mismas confesiones han acribillado la obra del fascinante Enrique Casaravilla Lema (1889) entre cuyos versos, junto a frecuentes debilidades, pueden encontrarse algunos en los que la presencia mágica de ciertos objetos, un terciopelo, unas hojas que caen o un cielo adquiere una plenitud, un peso, un volumen entitativo casi irresistible.

Distinta es la obra de Vicente Bassó Maglio (1889) callado desde hace años y en la que la reflexión y el rigor sellan un hermetismo que influyó profundamente en la generación posterior a través de su *Canción de los pequeños círculos y los grandes horizontes* (1929). También fué teórico del quehacer poético en *La expresión herólica* (1929).

Las obras de Ferrán Silva Valdés (1887) y Pedro Leandro Ipuche (1890) se aproximan a la narrativa de Zavala Muniz y aun a otras manifestaciones tan especialmente significativas como la música de Eduardo Fabini (1882-1950) y la pintura de Pedro Figari (1861-1938). Todas ellas, por debajo de diferencias de temple y estilo, tentaron la exploración de un criollismo que, a través de sensibilidades que habían pasado por los nuevos ismos, redimió la materia de nuestra vida nacional de los prototipos, ya fatigados, de lo gauchesco. Silva Valdés, más castero y autor de algunos poemas memorables como *Capitán de mis sombras* (1930) tejió, sobre todo, la inacabable metáfora de todos los objetos y personas campesinas. Ipuche, poeta y narrador como el precedente, vertió en formas rítmicas la ambición de un nativismo metafísico e trascendental imprecisamente formulado, pero es sobre todo en sus relatos *Fernanda Soto* (1931) e *Isla Patrulla* (1935) que Ipuche confirma la devoción de su admirador Jorge Luis Borges y logra páginas de una poderosa existencia que sólo es lamentable que estén maculadas por un lenguaje de evidente heterogeneidad.

En el tema espinoso de las adscripciones y las exclusiones, así como callamos que *The purple land* de Hudson (1886), *La Tierra Púrpura*, pudiera ser, más que Fabaré, la gran obra clásica que asumiera las mejores esencias (y existencias) del pasado oriental, así sólo consideraremos

a medias nuestro al admirable Jules Supervielle (1884). Aunque la nostalgia rioplatense y la vida americana hayan suscitado tan hondamente su obra, el neuma de la poesía es el lenguaje mismo y cualquier tentativa anexionista no puede (no debe) desconocer este hecho.

Ingresó, en cambio, plenamente en lo nuestro el peruano Juan Parra del Riego (1894-1925) de agitada presencia en el grupo en el que entonces se agavilló lo mejor de nuestra vida literaria, el de Teseo (y que prendió y animó al eguido Eduardo Dieste, 1882-1855). Con sus *Po-Heritos*, sobre todo, de 1922 (y aunque existen otros momentos más hondos en su obra), Parra logró una rara fertilización de los ritmos más audaces y frenéticos con temas de las nuevas realidades deportivas y maquinísticas (Isabelino Gradín, la motocicleta) configurando así un hito decisivo de la sensibilidad poética de los veinte.

Fué sólo en cambio el Adolfo Berro de esa generación, la promesa tronchada, Andrés Lereña Acevedo (1895-1920) y más que nada una generosa presencia de poesía y amistad la obra no culminada de Julio Roca Mendilaharsu (1887-1923).

Aunque la novela y el cuento no hayan sido infrecuentes en la generación de Reyes y en la que ahora dibujamos (3), Justino Zavala Muniz (1898) es, sin duda, la más considerable figura que pueda encontrarse entre la generación del 900 y los actuales narradores. Sus tres crónicas: *Crónica de Muniz* (1921), *Crónica de un crimen* (1925) y *Crónica de la Reja* (1930) historian un mundo gaucho y paisano muy distante y próximo a la vez; un mundo de guerras civiles, pasiones desahoradas, dolor, menuda vida cotidiana. Señalando con la misma estructura de sus crónicas la vuelta humilde a ciertos orígenes y la

recuperación de cierta medida, Zavala hizo correr de nuevo la sangre por las vías exhaustas del relato gaucho desde la época de Fernández y Medina y Bernárdez en unas mol-den cuentísticas infalibles y repetidísimas.

Zavala Muniz, Ipuche y Silva Valdés representan una línea nacional, una actitud de arraigo temático en nuestra peculiaridad que habría que hacer partir de Acevedo Díaz, Viana y Reyes y que culmina (provisoriamente) en Espinola, Amatin y Morasoli. Moviéndose independientemente y a su fianco, la tradición poética gauchesca tiene su propia historia, iniciada por hombres de ciudad, arrabal o pueblo (como lo fuera Hidalgo) tiene después su empleo polémico (campo contra ciudad; gaucho revolucionario contra políticos manibrotos) con Antonio Lasich (1848-1928) y sus *Tres gauchos orientales* (1872), Embaranca después en el pitoresquismo benechón de los poemas de El Fogón y resucita cargado de extrañas acentos en la mixtura gallico-criolla de El Viejo Pancho José Alonso y Tralles, 1857-1924) y su *Peja Brava* (1916).

Alguna de estos textos, de larga resonancia, apuntan al hecho de que, al lado de esa "poesía para poetas" (que es la que toman habitualmente en cuenta los historicos literarios) una poesía popular haya tenido éxito en el país y lo siga teniendo. Puede adoptar formas canónicas y entraña de fácil emoción (la de Ovidio Fernández Ríos es un ejemplo) pero es, sobre todo, en la descendencia pensara y criolla de la poesía gauchesca, por Tralles iniciada, que este fenómeno es más común. Al lado de los fuertes tonos de Romildo Rizzo, Tacuruzen (1905) de Serafín J. García configuró un estilo de áspera rebeldía y suma eficacia comunicativa que es otro suceso singular de nuestra historia literaria. Yamandú Rodríguez (1891-1956) lo mismo que el que pue-

de considerarse su sucesor, Otrías Rodríguez Castillos, creó con su poesía teatral y con la décima clásica de la narrativa gauchesca poemas cálidos y certeros que han quedado en la memoria de nuestros gentes.

V

Menos decisiva que la anterior en el orden de la acción política y social, esta promoción de la tercera (y siguientes décadas) creció entre las firmes calidumbres de la preguerra y la evidente solidez de las formas sociales uruguayas. Una mayor especialización de vocaciones y una correlativa y clara profesionalización de la política (ambas permitidas por la creciente densidad social) registró con frecuencia menor al tipo del hombre público con sólidos intereses culturales. Junto, sin embargo, a las figuras de la generación anterior que siguieron actuando, pueden anotarse en ésta a Dardo Regales (1897), de proclividad filosófica pero sobre todo política, representante de la orientación democristiana y cuyos *Ideales Universitarios* (1925) son el reflejo uruguayo de ese importante fenómeno de alcance que iberoamericano es la Reforma Universitaria de 1918. Similar significación han asumido entre la ciencia, la economía, la cuestión social, la exégesis constitucional y una política consciente de sus propios fines, Lorenzo Carnelli (1887), el desaparecido Pablo M. Minelli (1893-1941), Martín Echegoyen (c.1890) y Eduardo Blanco Acevedo (1884). Más específicamente culturales, humanísticos o educacionales han sido los intereses de José Pedro Segundo (1887-1952), de Daniel Castellanos (1882) y de José G. Antuña (1888). Pedro Ceruti Grossi (1899-1947) pasó, al modo marxista, práctica y teoría (Crí-

tica de Voz Ferreira, de 1893).

Aunque las direcciones fijadas a la historia nacional por Beusé y por Acevedo (nuestra historia clásica en putidad) siguieron teniendo, antes y entonces, numerosos cultores (4), Pablo Blanco Acevedo (1880-1935) fué el más significativo historiador de esta época, sostenido, como lo estuvo, por la ambición de grandes temas coherentes (el federalismo de Artigas o el gobierno colonial) y el fresco material histórico de su valioso archivo. Desde ese entonces también, a través de la obra congregante del Instituto Histórico y Geográfico de los buenos tiempos comenzaron a cultivarse con serias direcciones especializadas de la investigación histórica: historia militar e historia marítima, de la arquitectura y eclesiástica, de la medicina, diplomática y de fronteras, bibliográfica, genealógica y algunas más (*). Y si bien pertenece a este momento fué en la madurez que Carlos Ferrés (1878) produjo su admirable y recordada *Administración de justicia en Montevideo* (1944).

La temprana iniciación de Antonio Miguel Grompone (1893) nos lleva a describirlo a esta época, aunque Grompone, filósofo general pero sobre todo filósofo social, jurídico y pedagógico, de personalísima dirección realista-programática haya ejercido lo más intenso de su acción y de su influencia entre la década siguiente, en que publica su *Filosofía de las Revoluciones sociales* (1932) y la actual, en la que da a conocer su fundamental *Universidad oficial y universidad viva* (1933). Clemente Estable (1894) biólogo y educador ha producido también páginas impresionantes de meditación científica y pedagógica y Sanjín Carlos Rossi (1884-1935) y Héctor Rosello (1893-1957), médicos ambos, señalaron en obras interesantes (*El criterio biológico del primer*, 1919, y *La emoción como imperativo*, 1925,

del segundo) vocación científico-filosófica singular.

La mayor diversidad de direcciones que, a partir de 1920, se dan en nuestra cultura, se reflejará también en las varias modalidades posibles de la crítica y la historia literarias. Ligera-mente mayor que sus otros coetáneos, Osvaldo Crispo Aceaia (1884) (el *Lexar* de muchos útiles estudios) es un historiador y crítico de tendencias lógico-amocionales (lo que vale decir: clásico-romántico) al que una vida extensa y activa, llevada con elegante hirsutez, le ha deparado la paradójica compensación de ver impuestos algunos de sus propios (y entrocetados) desvíos. José Perera Rodríguez (1893) nuestro mejor especialista en nativismo, ha ejercido un apostolado cordial de valoración, inusual en su receloso gremio. Gustavo Gallinal, de gran talento y existencia demasiado corta para su tarea (1889-1951) prefirió el estudio histórico-biográfico de tema nacional y sólida doctrina. Más tarde consagrado (lo queremos decir malogrado) por la política, ésta le dió suficientes respiros como para que no olvidara su aptitud primera. Alberto Lasplacas (1887-1950), crítico, narrador y antologista enjuició desde un punto de vista expresivamente moderno, pero noblemanes, algunos de nuestros valores consagrados. Historiador, erudito y polemista, alma ardiente del linaje de León Bley, Mario Falcao Espalter (1892-1941) acumuló, entre la investigación y la beligerancia una obra disimil pero vivacísima. El gran crítico e historiador literario de esa época (y el mayor que hemos tenido) es, sin embargo, Alberto Zam Felde (1898). Activo y combatiente hasta 1930, en que publica su *Proceso Intelectual del Uruguay* y luego retraído a un penumbroso alejamiento, ensayista de variados temas y autor de certeros diagnósticos sobre los

fenómenos culturales de la época, Zam Felde es, como ya se ha dicho, nuestro cabal historiador y crítico literario. Aunque pueda tachársele de lo que en algún otro idioma suele llamarse *the cult of inaccuracy*, la debilidad de su aparato documental y erudito no puede escamotear la perspicacia de sus delataciones y sus revaloraciones, la agudeza de su sentido de la correlación cultural y la convicción de sus magníficos síntesis, con un equilibrio muy poco común de esos dos extremos que Thibaudet (y Du Bos) llamaban *l'attention à l'unique* y *le sens de la République littéraire*.

VI

Mientras se iban haciendo cuarentones largos los escritores del 17 y del 20, entre 1930 y 1936 ocurren de nuevo hechos decisivos (nacionales y universales, estéticos y políticos) que señalan el advenimiento de nuevas orientaciones y nuevas presencias. El centenario de la primera constitución, en 1930, fué oportunidad de una meditación colectiva sobre lo que fuimos y sobre lo que seámos. El golpe de Estado del 31 de marzo de 1933 significó, para muchos, una fortísima comoción de su conciencia o de su indiferencia. La Guerra Española (1936-1939) y el universal conflicto de los fascismos y los antifascismos terminaron por imprimirle a la época un apasionado sello de beligerancia que, de un modo u otro, se ejerce sobre todos. Los manifiestos de "intelectuales", a veces con escasos contactos con la cultura estricte, se sucedían casi cotidianamente, expidiéndose en ellos esa sensibilidad generosa y esa crédula convicción en los poderes de la palabra que es uno de los rasgos, hoy ya históricos, de la llamada década rosada. Tanto en los poetas como en los narra-

das se hace relevante el impacto de esta hora de ortodoxias. Porque si la inquietud social, como suele decirse, llega prácticamente a todos, y llama al escritor a una responsabilidad más deliberada de su ejercicio, también la inquietud religiosa, estrictamente espiritual, alcanza a muchos. El prestigio del renacimiento intelectual católico francés se hace muy grande y el pensamiento estético y social de Maritain, para poner un ejemplo, tiene profunda influencia. Washington Paulier (1885-1947) hacia este tiempo, señala el renacimiento de la poética religiosa (o antirreligiosa) que tuvo y (por la larga vida del Dr. Pedro Díaz, 1874) tiene activos protagonistas en las promociones anteriores. Pero es su puridad hacia otros sentidos que el de la beligerancia agresiva que estos meteoros actúan.

En esta generación, la presencia definidora de los poetas se hace menos radical. Herederos de la ruptura liberadora que operaron sus antecesores, obsesivos (a veces) por una constatación de influencias (Rilke, Valéry, García Lorca, Neruda) demasiado poderosa para los más, sometidos a la activa presencia de Vicente Bazco Magló, los líricos del 30 y del 36 pueden, sin embargo, aparecer marcados por rasgos comunes. En contraste con los anteriores, por ejemplo, mostraron todos su deseo de asumir ese papel de poeta protagonista del universo que no había disgustado a sus antecesores. Balanceadas entre la inquietud religiosa y la inquietud social, y sin perjuicio de ello, los poetas mejores del período actúan bajo una conciencia artística de extrema ambición y extremo rigor. Este impulso, que se hizo coacción inhibitoria en algunos, su, empero, un rasgo general. Y mientras ciertos matices se anunciaban desde pocos años antes: la exaltación júbilo y deportiva en Nicolás Fusco Sansón (1904), la estridencia ultras-

ta en Alfredo Mario Ferreiro (1899), creemos que sean Carlos Rodríguez Pintos, Fernando Pereda y Roberto Ibáñez los que mejor den las tónicas del período. Los tres son poetas cultos, medidos, intensamente intelectuales. Carlos Rodríguez Pintos (1895) se ha caracterizado por la inquietud busca de maneras y la ambición de los grandes temas (hasta alianza de *Cantos*): Artigas, el amor, el cielo de América. Fernando Pereda (circa 1900) ha alquitranado largamente una obra entre la que resultan algunas de las mejores sonetas de la lengua castellana moderna. Roberto Ibáñez (1907) de sobrenado ímpetu y meditativa gravedad, cumplió un tránsito antitético, hasta llegar a la admirable maceración de *Trilogía de la Creación*, en formas clásicas penetradas de angustia.

De posterior llegada a la edita, aunque armadas de todas armas, Clara Silva y Sara de Ibáñez deben inscribirse en esta promoción. Desde su *Cabellera oscura*, de 1945, Clara Silva ha vertido su emoción hondísima en formas líricas aunque impecables. Desde su *Canto*, de 1940, Sara de Ibáñez ejerce, con competencia similar, un modo complejo de dicción poética, de formas casi esmaltadas, muy próximas a los modos más sabios de la penúltima generación literaria española. Más lírica, más directa, más numérica, es la obra de Esther de Cáceres (1903) que desde *Los insular extranjeros* (1929) depura una única y tenue experiencia unitiva, de clara lumbré mística y que culmina en su reciente y admirable *Paso de la noche* (1957). Señala entre un núcleo de términos capitales: viento y noche, honda, vivo, fino, puro, la experiencia de Esther Cáceres es, a nuestro juicio, una de los más valiosos de la poesía nacional y el más importante aporte de su sexo al precedente ilustre de Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira.

Crítico de cine y arte, poético, y reciente cuentista en *Por vínculos sutiles* (1958), tal vez Giselda Zani (1908), aun dispersada en tan varias direcciones, sea la figura que represente mejor el espíritu inquieto de busca religiosa, social y estética de esta promoción (del 1930-36^o).

Tan cercanos a la última promoción por su influyente presencia que, en puridad, a ella pertenecen, Libar Falco y Juan Cunha marcan la tenue transición hacia nuevos modos. Falco (1906-1955) ha dejado en el breve caudal de *Tiempo y tiempo* (1956) una poesía de conmovedor acento humano y arrolladora eficacia comunicativa. Desde *El pájaro que vino de la noche* (1929) Juan Cunha fué depurando un melancólico naturalismo hasta encontrar la transparencia de *Seis sonetos humanos* (1940) o *Sueño y retorno de un campesino* (1951).

La aparición de la primera obra de Idea Vilariño, en 1945, anuncia en la atmósfera (creemos) la asunción de nuevos modos poéticos. El deslinde caracterológico entre los que sucederán y los que le precedieron no es, de ninguna manera, fácil. Podiera marcarse sin embargo, una aparente disminución de la inquietud religiosa y social del 36, que es no es en sí una forma de indiferencia sino, más bien, el repliegue desesperanzado, aunque consciente, en la propia intimidad y en la propia obra. Es un síntoma indudable la desaparición de cierto tipo de agrupaciones de voluntad militante: la A.L.A.P.E., por ejemplo, de activa acción de izquierda o la Organización de Artistas e Intelectuales católicos, de breve vida. Ahora, mientras varias clases de subpoesía se refugian en instituciones neutras y gremializadas, presionando en masa al Estado por la publicación o el premio de sus poemarios (es el cursal término en boca), los mejores, sin detrimento del trato humano y (naturalmente) de

la amistad, buscan por sí mismos su propio camino. En toda esta poesía reciente hay un tono más directo, más humanidad (si cabe el vago término), menos afán de trabajosa perfección. Los roles son numerosos y de nuevo, como decía Alfonso Reyes, el farrago, el farrago, es lo que nos mata. Algunos nombres, sin embargo, ya definen los rumbos. Carlos Brandy (1923) de acento viril y melancólico, Amanda Berenguer (1924) de progresiva hondura desde su excelente poema *El río* (1952), Ida Vitale (a. 1925), de fuertes y trágicos tonos, Orfila Bardales, excelente en su último *Uno* (1955) aunque de anterior obra desigual. Desde Europa, con *Plegaria por las cosas* (1950), *Poema para un bestiario egipcio* (1951) y *El Costado del tuevo* (1956), Ricardo Paseyro (1927), está cumpliendo una trayectoria poética de creciente significación e intensidad sólo cortada, ocasionalmente, por una virulencia polémica que parece inextinguible. Idea Vilariño (1928), sin embargo, nos resulta la más representativa figura poética de la última época. En sus varias y breves colecciones, su desesperada creación moderna, que es en ella la expresión peculiar y honda de aquel estado espiritual de los enfants du siècle de 1945, se da en una poesía de poderoso aliento rítmico que puede extrañamente llegar (y ha llegado) hasta el hombre común (a pesar de sus audacias o tal vez por ellas) y llegando hasta él, ser un comentario de sus amargos días.

También en este tiempo: Enrique Lentini, Susana Soca, (de corta obra edita), Sarandy Cabrera, Jorge Medina Vidal, Silvia Herrera, Humberto Mequej (1928-1951), Pedro Picatto, Dora I. Russell, (de copiosa producción en moldes tradicionales), Cecilia Peña (muy reciente), Scúl Pérez, Marcoa di Giorgio, Graciela Saralegui, Uruguay González Paggi (desigual aunque a ve-

ces excelente), José Lucas, Julio Fernández y muchas otras (no siempre olvidables) (?).

Confinada esta promoción (mucho más que las anteriores) a la publicación fragmentaria o a la larga ineditia, accidentales simpatías temáticas o tonales harán que al lector se acerque con interés espontáneo a sus obras. Este es un hecho nuevo en nuestra sociología literaria y que hubiera sido inverosímil en la promoción anterior; en ese sentido fué un acontecimiento singular la publicación de los *Poemas de la Oficina*, de Mario Benedetti, en 1955.

V I I

Hasta nuestro tiempo, por lo menos, la narración uruguaya no ha contado con los nutridas concurrencias que a la poesía han favorecido. La valoración, por ello, de las pocas figuras que realmente cuentan ha sido más fácil y, sobre todo, más unánime. Una unanimidad que es válida para estrictos círculos, pues, como es previsible, dada las condiciones sociales del país y del libro, no tenemos desde hace años (Amorim es la posible excepción) novelistas o cuentistas de éxito editorial, en el sentido internacional de la expresión. Pero los que han resistido, hoy cuentan, positivamente (?).

Francisco Espinola, Juan José Morosoli y Enrique Amorim son, sin duda, los tres narradores más importantes de las promociones que siguen a la de Zavala Munk. Pero esto, y el hecho de que sus obras hayan operado como presencias vivas y actuantes sobre siguientes hornadas de narradores e incluso la proximidad de su ámbito temático (campo, suburbios del interior, hombres nuestros) no pueda ocultar la radical disimilitud de sus entidades.

Profundamente influido por los novelistas rusos (de los que parece participar de ese acople de piedad evangélica, sobria y viril, que envuelve todas las cosas); dotado de un don de contar que ha convertido su presencia física en un inestimable sucedáneo de su tan parva obra escrita, Francisco Espinola (1901) es, de los tres nombrados, el más artista. El más artista, en el sentido casi agónico que la palabra puede tener. Tal vez esa contención (tan similar, por ejemplo, a la de Pereda) haya privado a Espinola de esa anchura de obra, de esa opulenta creación de mundo que no es una condición puramente cuantitativa en la labor novelesca, ya que constituye el encanto avasallador y específico de un Balzac, un Dickens, un Tolstoy o un Proust. De cualquier manera, el Espinola novelista de *Sombras sobre la tierra* (1933) y sobre todo el cuentista de *Boza Negra* (1926) es un maestro auténtico y recientes consagraciones, como es tan inusual en nuestro medio, no lo reconocieron nada que no poseyera.

La obra de Espinola, a la que habría que emparentar la muy breve de Víctor Dotti (*Los alambreadores*, de 1929) difiere bastante de la del recién desaparecido Juan José Morosoli (1899-1957). Concentrado temáticamente en su pago minucioso pero con una fluencia narrativa natural y vivamente contrastante con la retención de Espinola, Morosoli, en las formas apacibles y canónicas del cuento campero, realizó obra ceterisima de lenguaje y creó seres, cuya calidad de vivientes, para repetir la aguda glosa de Angel Rama, se impone incontestable.

Enrique Amorim (1900) representó en cambio la carrera de un novelista cabal, de extensa y persistente obra desde *La Carreta* (1929) y *El Prisionero Agujero* (1934). En Amorim la capacidad de contar, el entusiasmo, no marchito, por la vida,

la densa creación de climas se expide sin esa destilación espínoliana o esa economía de ámbitos de Moresoli. Aunque sus libros tengan por centro el mundo campesino del norte. Amorim, bajo el imperativo de una fidelidad militante social (a la que también responden las novelas de Alfredo Dante Gravina) ha penetrado en la temática ciudadana, en el mundo americano y (aún) en las vericuetas enmarañadas de la novela política. Sus últimas novelas: Corral Abierto (1956) y Los montañas (1957) apuntan a esa complejidad de direcciones, adensándose con elementos simbólicos que aunque debiliten sus estructuras, enriquecen su intención y su impacto.

Juan Carlos Onetti (1909) es el más persistente (y coherente) narrador de los que siguen. De varias maneras, marca un intermedio entre los anteriores y la última promoción. Onetti es el novelista de esa misma edad, ciudadana y moderna en la que el hombre, osificado en su inmanencia, busca en lo cotidiano (trabajo, alcohol o sexo) alivio a sus torcedores. Personalmente nos gustan más sus relatos breves: El Pozo (1939), Los adioses (1954) y el reciente e impresionante *El infierno ten tenido* (1957) que sus novelas extensas, signadas éstas por una inquietud de búsqueda técnica que no corresponde (estricta, funcionalmente) a las necesidades de su escritura.

Felipe Hernández (1900), en una obra desigual cuyo mejor momento es el de *Noche encendida las lámparas* (1947) encontró en su rica experiencia de trahumante los materiales, y los anécdotas, de un mundo cuyo prosaísmo se rompe (se abre) de continuo hacia el misterio.

Mejor y tan real como la tan transitada dicotomía de una narrativa campesina y una narrativa ciudadana, la obra de Hernández nos señala otra. Es la que puede trazarse entre una

narrativa estrechamente circunstanciada y determinada, arraigada, como es usual decir, en la que una problemática de tipo económico y biológico se mueve en ámbitos predominantemente proletarios, campesinos o pequeño-burgueses. Entre ésta y otra, cuya personería, junto a los ya citados cuentos de Hernández, pudieran asumir *El Habitante* (1949) de José Pedro Díaz (1921) *El Regreso* (1953) de Clotilde Luisi y la ya nombrada colección de Giselda Zani. En este sector la circunstancia se ensorbe hasta integrar gradientes fantásticos o sobrenaturales (o más late, más genéricamente espirituales) mientras el arraigo se ahonda (o se adelgaza) hasta esa zona misma en que se plantean los conflictos, últimos e irreductibles de la humana condición.

En la postrera promoción sobresalen, entre muchas, las contribuciones de Carlos Martínez Moreno, Mario Arregui, Mario Benedetti, Julio Da Rosa, Luis Castelli.

Ricos de una sapiencia verbal impar en su generación y aún en toda nuestra literatura, los complejos relatos de Carlos Martínez Moreno (1918) elaboran una sustancia, muy próxima y muy distante a la vez, de recuerdos personales y familiares y aún del *fait divers*, pero la integran en una visión única, madura, conflictual, que una inexorable conciencia vigila. Mario Arregui (1917) es un discípulo de Espinola que ha recogido sus relatos en *Noche de San Juan* (1956) y es el que parece marcar un predominio creciente de los elementos poéticos sobre los narrativos. Julio C. Da Rosa (1920), muy próximo a la lección de Moresoli, ha dado en *Cuesta Arriba* (1952) y *De sol a sol* (1955) una tenue nota de cazuro humor nada frecuente en el cuento criollo, proclive a lo trágico. Mario Benedetti (1920), es el más completo hombre de letras de las últimas generaciones. Poeta eficaz, drama-

targo y humorista, crítico certero y periodista aguilísimo es, sobre todas estas cosas, narrador. En esto se mueve con igual felicidad en el relato adulto y complejo de *Quien de nosotros* (1953) que en el cuento prosaico (de valor nacional casi simbólico) del tipo de *El presupuesto o en la sabrosa elaboración lúbrica* (tan inteligente como cualquier otra) de *Punero izquierdo*. Luis Castellí (1918) le ha impreso al cuento de temática pueblerina un toque de gracia levisima y de auténtica presencia espiritual.

Y como ocurre habitualmente en estos cuadros, el centro se estufa en un halo de secuencias, de insinuados, de promesas (?).

V III

Desde la muerte de Sánchez, y pese al esfuerzo de alguna, el espectáculo teatral malvivió de lo extranjero o languideció (cualitativa y cuantitativamente) entre salas raleadas, sinistes sin gracia o alta comedia comercial. A principios de siglo muchas buscaron el éxito teatral pero nadie llegó a los alcances contundentes del autor de *La gringa*. Lo mismo ocurrió en las generaciones que siguieron (10) de las que, sin embargo, dos notorios representantes, Justino Zavala Muñiz y Fernán Silva Valdés, tentaron (el primero ya hace años y el segundo en la actualidad) la literatura teatral. No creemos que este sector de sus obras agregue nada a sus méritos respectivos de narrador y poeta.

Al calor, en cambio, de la *Comedia Nacional* que propulsó Zavala y de la proliferación del teatro no profesional (sobre todo), es en los últimos años que una promisoría constelación de escritoras, poseedoras a veces de una diversificada experiencia técnica, han replanteado, en

sorio, las posibilidades de un teatro nacional. Esta constelación (Antonio Larrea, Carlos Dénia Molina y Jacobo Langar nos parecen los más importantes)(11) no actúa, infortunadamente, sin trabas. Una de ellas nos resalta la falta de un lenguaje, común y decoroso, no lanfordesco ni corrompido ni (es el mayor peligro) afectado ni cursi. Cierta carencia de comunicación, determinada a veces por circunstancias de origen, con nuestros modos más entrañables y coloquiales de habla, han llenado muchas obras con un vocabulario que solo empleaban, habitualmente, la prensa o el magisterio en ejercicio. Pero esto no es todo. Temáticamente, se oscila entre el cansado manejo del repertorio mitológico (al modo de Giraudoux) o la usura, provocado por el panfleatismo o el sainete, de los mejores asuntos que el contorno social ofrece. De cualquier manera, los nombrados, y algunos que llegan, tienen restos (creemos) para vencer estas adversidades.

I X

Aquí arribados, no sería difícil para completar este largo itinerario, anhebrar una simple lista de todos los que han trabajado en el sector de lo que alguna vez hemos llamado) *la prosa no imaginativa*. O buscar el común denominador de historia, filosofía, crítica e investigación social, registrando que todos ellos se mueven en la dual dirección de asumir, lucidamente, una circunstancia y de vivir la vida del Espíritu. O también, si se prefiere término menor, vivir la Cultura en los varios haceres ya al principio anotados: recepción, conservación, transmisión, creación.

Pero la realidad aspira a mayores precisiones

y no hace mucho ensayábamos un esquema (12) de las varias direcciones en que se mueve la inteligencia uruguaya (y que aun podrían influenciar las condiciones generales de la vida intelectual en Iberoamérica).

Incorporarse al nivel intelectual del mundo era una. El carácter sincrético de la cultura continental (tantas veces señalado) y la creciente universalidad y sincronía de los fenómenos culturales determinan que ese esfuerzo absorba buena parte de la tarea de lectores, de intérpretes y enseñantes. Especificación de ese móvil es el de la continuación de la actividad académica, traduciéndose en una investigación y en una creación cada vez más especializadas y exigentes. La del prospecto y prestigio de las ideologías atiende al fenómeno de que en el Uruguay, como en otras partes, los distintos ismos mundiales polemizan con los demás, luchan por su vigencia, buscan agotar la explicación de lo real, certificar su triunfo. La toma de conciencia de la circunstancia (nacional, continental, mundial) se halla profundamente marcada por la dirección precedente pero es también un fruto del aseso situacional del pensamiento contemporáneo y, al doblarse de una despierta conciencia histórica, se hace también sentido, renovado a fondo, de la tradición. Esta vivencia del tiempo y de presencias desde él activas, lleva a lo que, con T. S. Eliot, llamábamos la elaboración de un pasado útil, constructiva elaboración del espíritu que, despojando la visión de ese pasado de honorífica erudita y diversión contemplativa, deja monda la historia en lo que es estructura, permanencia e influjo. Y, cerrando la cadena, la cuestión del sentido de la vida responde a las acuciantes interrogaciones últimas, a esas interrogaciones a las que las ideologías, masivamente, atiendan (y a las que las creencias res-

ponden), pero con las que también cada destino individual que quiera vivir con claridad puede dialogar personal, inconjuntamente.

Todo lo que sigue podría ingresar bajo esos rótulos. Pero no tendremos tiempo de señalarlo.

En filosofía y en las generaciones posteriores al 30, Juan Llombias de Azevedo y Luis Gil Salguero han sido las figuras más representativas. De filiación filosófica tradicional y germana el primero (1907) y discípulo de Voz el segundo (1909), han tendido, Llombias a la objetividad y rigor del tratado y Gil al fragmentarismo afarístico, elíptico y emocionado. Carlos Benvenuto (1908) también vaxcelretriano, enderezó su inquietud hacia una ensayística confidencial en la que ha defendido tenazmente una concepción personalista y heroica de la democracia. Lo que llamábase continuación de la actividad académica parece presidir, más metódicamente, la labor escrita de la última generación filosófica (13).

La crítica y, sobre todo, ciertos sectores de ella es, mucho más perceptiblemente, una de las vocaciones decisivas de las últimas promociones. Necesidades de expresión muy bloqueadas en el libro ineditable, tenues posibilidades de profesionalización, una refresquera conciencia de las propias posibilidades emergente de esa fidelidad un poco estéril y cultivada a todo trance, han hecho de la nota de libros, de cine y de teatro (también plástica y musical) no solo una actividad difundida sino, por primera y evidente vez, socialmente influyente. Una labor, así mismo, de tipo universitario o monográfico se ha sostenido en niveles no, por lo menos, inferiores a los del pasado. Y sobre esos niveles debe colocarse, en general, la investigación metódica que alientan nuevos centros.

Emir Rodríguez Monaguil (1921) es, sin duda,

en una labor de quince años, el más eficiente y profundo representante de esa crítica periodica aunque también ha mostrado su aptitud en el largo estudio literario y es reciente y admirable editor de las Obras completas de Rodó (Aguilar, 1957). Rodríguez Monegal es una sorprendente mente una informada inquietud por el presente literario y una activa devoción por el pasado cultural del Uruguay y de América.

Con posterioridad a su iniciación, ha surgido entre nosotros una numerosa constelación joven que se aplica a la misma labor y colabora en algunos diarios o en esos cuatro o cinco semanarios que son lo mejor (y lo más prestigioso) de la prensa nacional (14).

En la crítica cinematográfica, una pléyade de excepcional información y una peculiar cohesión estética-ideológica actúa tras la huella primordial del interés que suscitara por la pantalla Fernando Pereda, Giselda Zaní, José María Podestá y Arturo R. Despouey (15).

Similar fenómeno, menos perceptible sin embargo, ofrece la crítica teatral, cuyos representantes más notorios son Carlos Martínez Moreno, Antonio Larreta, Mauricio R. Müller y Alejandro Peñasco (y cuyo valor más promisorio nos resultó Mario Trajtenberg).

La crítica de plástica y música no tiene el mismo eco social y prefiere en general (sobre todo la primera) el estudio monográfico al comentario periódico (16). Pero el dilatado empeño de Fernando García Esteban (1916) ha ganado auténtica influencia.

Se recordaban la investigación y la exposición ya puramente personales, ya vinculadas a la docencia. Junto a un extenso rol de desigual valor (y desigual laboriosidad) (17), algunos nom-

bres no son evitables. En los últimos diez años, en su labor personal (demostrado corta es la lista) y al frente del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios que custodia un rico material inédito, Roberto Ibáñez, ya nombrado, ha creado un nuevo estilo de estudio crítico, en el que se funde una especial sensibilidad para lo poético (característica del exigente creador que es) y un excepcional cuidado por esa etapa (tan descuidada aquí) de la ordenación y verificación de materiales. Los hermanos Alvaro (1897) y Gervasio Guillot Muñoz (1897-1956) fueron, posiblemente, las más activas presencias críticas de la tercera y cuarta décadas, oficiando de sugestivos nexos entre las nuevas corrientes poéticas francesas y el ámbito literario nacional. Susana Soca es, en cierto modo, y en especial desde los últimos tiempos, quien les ha sucedido en esta tarea, en la que ha puesto una admirable generosidad espiritual y una personal percepción emocionada de calidades humanas. Iluminada por ejemplos y voces tan disímiles como León Bloy, Jacques Maritain, Eugenio D'Ors, Carlos Vaz Ferreira, Miguel de Unamuno, Eduardo Dieste y Joaquín Torres García, Esther de Cáceres, albergándolos todos en un ancedido fervor, ha realizado una activa tarea de apostolado estético, religioso y espiritual que tiene sugestivo impacto. Poeta y narrador también (autor reciente de un ejemplar *Tratado de la Ilama*) José Pedro Díaz (1921) es hoy el ejercitante más notorio del análisis literario metódico. Con su G. A. Bécquer, *Vida y Poesía* (1953) y otros trabajos así lo señala, pero su ambición, servida por una rica cultura no se detiene (lo sabemos) en ellas.

Auxiliada por una financiación menos estrecha de los fines universitarios, la actividad grupal de algunos centros parece promisoría. Pueden destacarse especialmente las dos secciones

del Instituto de Filología de la Facultad de Humanidades: el de *Lingüística*, dirigido por el saber de Eugenio Coseriu, de constante y personal producción, y el de *Literatura Iberoamericana* desde el cual Alfonso Lombardi de Azavedo editará próximamente valiosos estudios inéditos de Luis Alberto Menéndez, nuestro hace tres años en el mejor momento de su tarea.

De actuación más diversa, Domingo Luis Bordoli (1918), Guido Castillo (1922), Angel Rama (1926) y Arturo Sergio Visca (1917), también han apuntado por variados vicios. Bordoli y Castillo (y aún Visca) atienden doblemente la realidad literaria nacional y el culto de una Tradición, con mayúscula, cargada de religioso sentido. Con igual competencia en nuestro pasado nacional (y en más amplio registro), Rama señala un interés más inquieto por el ancho mundo y sus epidérmicas modas.

Jesuaido (1905) por último, ha combinado con la experiencia personal que recoge sus libros *Vida de un maestro* (1935). La expresión creadora en el niño y otros, postulada artística y pedagógica que han ejercido positiva influencia.

Lo mejor de nuestra presente labor histórica puede colocarse bajo aquel lema de la busca de un pasado útil, siempre que la postrera palabra se entienda en el más impersonal y riguroso de los sentidos y abárquese en toda la expresión el afán por hallar las constantes de nuestro desarrollo y las reales estructuras desdibujadas por varias generaciones de historia factional y epidérmica. Esa historia, naturalmente, sigue existiendo, abundante en estudios del trámite político de biografías de casapido y de apologética partidaria. Esa última, que nunca renuncia a ceñirse los antitélicos colores del blanco y del rojo, tiene su gran oportunidad en los centenarios (Rívera o Bailío, Orbe o Saravia) de las

grandes figuras de nuestro pasado. Se abren, sin embargo, nuevas direcciones. Una, y no poca significativa, es un acercamiento de los temas históricos al lector común a través de la amenidad (frecuentemente bien documentada) de crónicas, evocaciones y biografías. Las estampas, por ejemplo, de Ferdinand Pastoc (Luís Bonavita (1895), *Aguafrutas de la Restauración* (1941) y *Sombras heróicas* (1945), la labor biográfica de Telmo Manacorda (1893) en la que se destaca *El gran intempesto* (1939) sobre Julio Herrera y Obes y la de Eduardo de Salazar Herrera (1892): *Monterroso* (1948), *Blanco* (1950), *Latorre* (1952), *Lavalleja* (1956), de rica materia documental y segura fuerza poética. Como en otras actividades, la investigación histórica sólida se organiza en centros especializados que son, sobre todo aquí, el Museo Histórico Nacional y su espléndida revista, el Archivo Artigas y el Instituto de Investigaciones Históricas que en la Facultad de Humanidades dirige Edmundo Naranjo. Es en ellos, especialmente, que el estudio del periodo arguista ha experimentado un formidable empuje, en un esfuerzo que es en buena parte colectivo pero en el que deben señalarse las aportaciones de Eugenio Peit Muñoz (1894) y Alberto Demichelli (1896), este último al margen de aquellos. Pero la personalidad que mejor comprende el rumbo actual de la historiografía uruguaya es, sin duda, la de Juan Pivel Devoio (1910). En una múltiple labor personal en la que la de crear se acompaña generosamente con la de suscitar la creación ajena, Pivel ha dado a la estampa dos libros esenciales: *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* (1957) e *Historia del Uruguay* (1945) en colaboración con su esposa. El primero, con el estudio adosado de nuestras ideas políticas está en términos de monumental realización en diez volúmenes. Pero Pivel ha realizado aportaciones fundamentales a nuestra his-

toria internacional, ideológica y social, entre las que se destaca por su refrescante novedad, la de sus Raíces coloniales de la independencia oriental, indagación exhaustiva y base de lo que será nuestra historia económica y la de nuestras clases sociales.

Tras de Pivel, y algunos en reconocida actitud de discípulos, ha seguido una nutrida generación de nuevos historiadores que, junto a los que los precedieron, sostienen hoy una constante actividad investigadora. Son especialmente importantes, sin embargo, los estudios biográficos de Alfredo Raúl Castellanos y la imponente labor (tres cuantiosos volúmenes, dos publicados) de Mateo Magariños de Mello en torno a El gobierno del Cerrito (24).

Algunas especializaciones son, empero, las más novedosas. La de la historia económica, por ejemplo, que tiene su precedente en la interpretación marxista de Francisco Pintos (1889) y surdos libros: De la dominación española a la Guerra Grande (1942) y la Historia del Uruguay (1948) y que es cultivada hoy por un núcleo de profesores y ensayistas jóvenes: Gustavo Beyhaut, Washington Reyes Abadio, Oscar Bruschara y Vivian Trias. También la de la historia de las ideas políticas (19) y, sobre todo, la de las ideas filosóficas. Estas, y también, aunque en forma inédita, las religiosas, merecen desde hace unos años la excepcional y sistemática dedicación de Arturo Ardao (1912), uno de los nombres más importantes de nuestra cultura presente. Con Filosofía Preuniversitaria en el Uruguay (1945), Espiritualismo y positivismo en el Uruguay (1950) y La filosofía en el Uruguay en el siglo XX (1956), Ardao realiza aportación original a la corriente continental de la "historia de las ideas en América". También la historia de

la música nacional tiene un nombre significativo en Lauro Ayestarán (1913) y su retrospecto sobre La Música en el Uruguay (primer volumen: 1953). También la del teatro lo tiene en Juan Carlos Sabat Pebet (1903), de copiosa labor periodística en líneas de crítica y evocación de lo nacional.

Hay formas menos sistemáticas, por fin, de cumplir estos labores de elaborar un pasado útil y de tomar conciencia de la circunstancia en que se vive.

El tema nacional (la preocupación por el país, los interrogantes que su pasado, su sustancia y su destino plantean) puede asegiarse (y es asegiado) desde una gran multiplicidad de ángulos.

El del humorismo, para comenzar con lo informal, es uno de ellos. Desde la obra modesta pero tan firme de Boy (Antonio Soto, de 1894) hasta los humoristas actuales: Isidro Más de Ayala, Alfredo Mario Ferrero, Benedetti, Carlos M. Gutiérrez Julio Puppo (El Hachero), los ya retirados Carlos Maggi, Julio Castro y Manuel Flores Mora y los ya fallecidos Arturo García (Wampy) e Ildefonso Julio Zavalla (El Aprendiz), desde todos ellos, decimos, el suelto político, el relato breve o el cuadro de costumbres, al modo zarzuelo, apuntan inescapablemente a características nacionales que son juzgadas sin trascendentalismo pero no sin agudeza.

La sociología, en aplicación uruguaya, importa un nuevo enfoque que cultivan Isaac Ganón, Carlos Rama y Aldo Solari, cuya excelente Sociología rural nacional (1953) es lo más maduro que de esta labor universitaria haya llegado al público. También Daniel Vidari (1920), menos académicamente, trabaja desde hace algunos años con un enfoque sociológico fuertemente matizado de elementos literarios (que se depuran

cada día) y una singular capacidad de recreación de nuestras formas de vida tradicionales. Observando áreas más extensas, Roberto Fabregat Cúneo, con *Caracteres Sudamericanos* (1950) señala una inquietud afín a los anteriores.

Desde la historia menuda (la *intrahistoria* de Unamuno) y exteriormente la arqueología es relevante como generalización nacional. *Civilización del Uruguay* (1951) de Horacio Arceñando (1898), *Biancos y Colorados* (1952) de Baltasar Mezera (1918) es un brillante (y discutible) ensayo de síntesis histórica cuyo antecedente más lejano puede encontrarse en el *Proceso histórico del Uruguay* de Zum Felde, aún utilísimo y, en puridad, irremplazado.

Mientras el articulismo político beligerante (que tuvo momentos sonados en la primera Guerra Mundial con Adolfo Aguero y en el debate antitotalitario con Victor Dotti y Laura Cruz Goyencola) parece haber apagado sus fuegos, es en cambio, desde una fusión de politicismo más cauteloso con el enfoque sociológico, histórico, crítico y aun existencial que un núcleo de escritores recientes abordan el gran tema de lo nacional. Este grupo tuvo, sin duda, un decisivo precursor en Servando Cuadro y ha crecido bajo el magisterio periodístico y personal que, desde hace tres décadas, ejerce Carlos Quijano (1900). Sus representantes más destacados y recientes son, por ejemplo, Washington Lockart, de intereses filoscóficos y literarios, Alberto Methol y Roberto Aras Pons de más clara dirección política, y Vivian Trías y Gustavo Bayhaut, que infundían de política un abordaje habitualmente histórico de las cuestiones. Debajo de sus similitudes ideológicas esta promisoría constelación aparece hondamente afín a las técnicas de la nueva inteligencia militante de Iberoamérica: hostilidad a los imperialismos y oligarquías de-

minantes, dolorida conciencia de la marginalidad histórica, básica insatisfacción y radical disidencia ante los rumbos nacionales mismos. Mientras las generaciones anteriores pueden aún encontrar una paula de su satisfacción en los balances de *La comarca y el mundo* (1953) del fino y llorado Eduardo J. Couture (1904-1958) ésta sorprende la progresiva usura, la progresiva inviabilidad, el progresivo deterioro de todos los supuestos sobre los que se mueve la vida nacional. Mientras los grandes partidos nacionales, las poderosas máquinas electorales aparecen cada vez más vacías de una fe que las sostenga (y sirva), más enfiadadas a concesiones, clientelas y presiones que las nutran, más desentenas a aquel reconocimiento del valor político y social de la inteligencia que Rodó señalaba en Fructoso Rivera es con este núcleo que el presente panorama, si quiere concluir con una nota de esperanza, debe completarse. Porque aunque los nombres citados valen, más que nada, por lo que representan (y por muchos que omitimos) y es en pequeños ámbitos, o en revistas de circulación muy limitada o en partidos minoritarios que se expliden, no es aventurado señalar que su actitud importa esa tarea de elaborar los nuevos fundamentos que lo mejor y lo más desperto de nuestra comunidad entiende que es inminente. Los nuevos fundamentos con que una vida nacional más justa, más ceñida a los patrones de nuestro tiempo y a los dictados de nuestra tradición mejor puede mañana, no sin dolores y sin luchas, echarse a ser.

Y esto es casi todo un siglo medio de literatura y cultura uruguayas.

CARLOS REAL DE AZUA.

* Las fechas de nacimiento y deceso, extraídas de distintas fuentes, no son, en la mayoría de los casos, absolutamente seguras.

(11) Otros de significación similar: José M. Pérez Castellano (1743-1815), el geógrafo José María Rojas (1803-1864), el educador Orestes Assajo (1853-1915), Francisco Berro (1844-1906), etc.

(12) Otros: Adolfo Berro (1819-1841), Pedro P. Bermúdez (1816-1860), Heracleo Fajardo (1833-1866), Ramón de Santiago (1851-1900), etc.

(13) Narradores de la época de Reyes y promociones posteriores: Manuel Ballesteros (1888) de obra considerable aunque desigual, autor de encantadoras **Fábulas**, Horacio Malcomado, Manuel Medina Betancourt, José María Delgado, Otto Miguel Crono, Carlos M. Príncipe, Vicente Salavarré, José Pedro Bellán, etc.

(14) Otros historiadores: Setembrino Parada, Carlos Travieso, Lorenzo Berbagelata, Lorenzo Belinzon, Leopardo Torrerolo, José Salgado, Carlos Travieso, Aniceto González, Simón Lucuix, Felipe Ferreira, Juan C. Gómez Haredo, Aniceto Fernández, etc.

(15) Otras direcciones especializadas en materia histórica: historia militar: Julián Más de Ayala, José Luciano Martínez, Pedro Sicco, Rolando Leguandía Trias; historia marítima: Homero Martínez Montero, Mauro Bandari, Agustín Benaza; h. de la arquitectura: Carlos Pérez Montero, Juan Gloria, Fernando Copurro, Eusebio Bona, Eugenio Barroño; h. edificación: Guillermo Furlong, Juan F. Salaverry, Carlos Ferrás y Antonio María Barbieri; h. de la medicina: Rafael Schiaffino, Solís Otero y Roca, W. Piaggio Gorzón; h. de la justicia: A. Brignola y Carlos Ferrás; h. diplomática y de fronteras: Luis A. de Herrera, Carlos Carbajal, Alberto Reyes Thayerer, Carlos Duomarco y Mateo Magariños de Mella; literatura memorial: Domingo González, Julio Lorena Juanico, Luis E. Azarola Gil; pequeña historia y crónica: Romulo Rojas, José Ma. Fernández Saldaña, Luis Bonavita, José L. Gonsanso y Juan Carlos Pedemonte; biografía: José Luciano Martínez, José María Fernández Saldaña y Alfredo Castellanos; afemoriología: Arturo Scaroni; bibliografía: Dardo Estrada, Arturo Scaroni, A. Xalambri, Antonio T. Praderiro, Carlos A. Ponsos, Julio Speroni, etc.; genealogía: Luis E. Azarola Gil y Martine Genibaldi de Sabat.

(16) Otras postas del período: Juvenal Ortiz Sorregui, Enrique Amorim, Manuel de Castro, Angel Adler, Sa-

ya Márquez, Ildefonso Pereda Valdés, Cipriano S. Viturini, Alemán de Figueroa, Francisco A. Larza, Luis Giordano, Blanco Luz Brum, Federico Morador, Emilio G. Tasceni, Carlos M. de Vallejo, Carlos Scaffo, Luis Alberto Gullá, Sarah Bello, Ernesto Pinto, Luis Baudero, E. U. Genta, Alejandro Arias, Jesualdo, Alejandro Laureiro, Juan C. Fagnetti, Humberto Zarnilli, Juan C. Abella, Alfonso Llambías, Gilberto Cacerón Fabregat, María Adela Bonavita, Héctor Silva Uranga, Concepción Silva Belinzon, etc.

(17) Para completar: Luis Alberto Casari, Asiel Badano, Luis Hierro, Generoso Medina, Roberto Bula, Beltrán Martínez, Felipe Novoa, Cándida Belando Viala, Enrique Willman, Raúl Blanga Brito, etc.

(18) Narradores de esta época: Santiago Dostetti, muy próximo en vida, calidad y sermón a Morosoli; Manuel de Castro, Valentín García Salz, Julio Estavillo, Rodolfo Fancosa, Luis Giordano, Paulina Medeiros, Victoria Carrera, Adolfo Agosti, Serafín García, José Monegal, Alfredo López, Raúl Baerthgen, Isidro Más de Ayala, Enrique Rodríguez Fabregat, Arturo Desposuey, Clara Silva, Juan Mario Magallanes, Juan C. Wolkar, etc.

(19) Por ej.: Dionisio Trillo Pays, Angel Rama, Carlos Demis Molina Eliseo Ricardo Porta, Armonia Sommer, Ricardo Balinas, Alberto Paganini, Omar Moreira, Silvia Lago, Aldo Campo, Raúl Boero, Arturo Daws, Omar Prego Gadea, Adán Marín, Julio Rossiello, Marjory Silva, Carlos Gurmández, Ema Rizzo Platzer, Omar Tapella, Roberto Sapriza, Juan Carlos Gómez Brown, etc.

(20) Hacia principios de siglo, Semués Blixen, Orosmán Maratona Víctor Pérez Periti, José María Delgado, Otto Miguel Cans, Enrique Gross y, sobre todo, Ernesto Herrera, el más cercano en temas y alcances a Sánchez. Desde el 20 hasta hoy: Ismael Cortinas, Francisco Imhoff, José Pedro Bellán, Edmundo Bianchi, Carlos M. Príncipe, Carlos Salgado Campos y, más próximos, Juan Carlos Páez, Juan León Bengoa, Arturo René Desposuey, Julián García, etc.

(21) Otros: Héctor Plaza Nubla y Angélica Plaza, Alejandro Penasco, Elzear de Camilli, Andrés Castillo, Jorge Brum, Juan C. Legido, etc.

(22) **Ficción**, N.º 5, Buenos Aires, 1957.

(23) Anibal y Alberto del Campo, Mario Sambarino, Mario Silva Gorcia, Manuel Claps, Enrique Grauser, Alejandro Arles, Guillermo Ritter, etc.

(24) En **El Fin, Marcha, El Sol, El Ciudadano**, y suplementos de **El Popular** y **El Bien Público**, Rubén Coto

(1930) de ascendente carrera, Alberto Paganini, Mercedes Rein, Ruben Romano, Jorge Arias, Hugo Rodríguez Urruty, P. Darío Libilla, Tabaré J. di Paula y Raúl Boero. De intereses ideológicos: Einar Barfod, Julio Moreno, el desaparecido y valioso Rodolfo Fonseca Muñoz y Adolfo Silva Delgado, con un silencio de varios años. Y también Daniel Vidart, Domingo Bordoli, Arturo Visca, Angel Rama, Mario Benedetti, José E. Etcheverry, Omar Prego, etc.

(15) Homero Alsina Thevenet, Hugo R. Alfaro, Hugo Rocha, José C. Alvarez, Gastón Blanco Pongibove, Jorge Angel Arteaga, Antonio Larrera, Gustavo Ruegger, etc.

(16) En música: Mauricio Maidanik, Juan Rafael Grezzi, Mauricio Muller, Pablo Mañé; en plástica: Giselda Zanni, Cipriano Viturera, José Pedro Argul, Carlos Gurméndez, Sergio Benvenuto; más periódicamente Celina Rolferi, Nelson di Maggio, etc.

(17) Por ej.: Eustaquio Tomé, Ildefonso Pereda Valdés, Ofelia Machado Bonet, Roger Bassagoña, Carlos Scaffo, Armando Piroto, Jesualdo, José M. del Rey, Luce Fabbrì, Sarah Bollo, Gastón Figueira, Josefina Lerena de Blixen, Alberto Rusconi; entre los más jóvenes: José Enrique Etcheverry, Manuel García Puertas, Roberto Bula Piriz, Tabaré J. Freire, Jorge Medina Vidal, Idea Vilariño, Adolfo Silva Delgado, Hjalmer Blixen, Hugo Pedemonte, Ramiro Mata, Raúl Blengio Brito. En lingüística, gramática y humanidades clásicas: Francisco Anglés y Bovet, Luis Juan Piccardo y Helda Lago; A. Berro García, Julio Ricci, José Pedro Rona, Amaldo Gomensoro y Washington Vázquez; Hernán Rodríguez Massone, Jorge Medina Vidal, Rolando Laguardia, Olaf Blixen, etc.

(18) Otras direcciones históricas actuales: en el período antiguista: Edmundo Narancio, José Ma. Traibel, Flavio García, Edmundo Favaro, María J. Ardao, Aurora C. de Castellanos, Rogelio Brito, Blanca París, Querandy Cabrera, Manuel Flores, Carlos Maggi, etc.; historia de las aportaciones nacionales y raciales indígenas negros, pueblos europeos: Rafael Schiaffino, Eugenio Petit Muñoz, Ildefonso Pereda Valdés, Rodolfo Maruca Sosa, Jacques Duprey, Juan Carlos Sabat, Daniel Vidart; historia regional: Florencia Fajardo y E. Zinola; historia religiosa: Celedonio Nin y Silva; historia de la ciencia y de la técnica: Enrique Chiancone y Paul Schurman; en varias direcciones: Buena-ventura Caviglia.

(19) En ella, además de Pivel y Ariosto González: J. A. Oddone (Los principistas), Alfredo Castellanos, Carlos Maggi, y otros; en ideas sociales, Carlos Rama y en ideas pedagógicas, Jesualdo Sosa.